

9/8603

ALBERTO ALVAREZ - INSÚA ESCOBAR

SOBRE BENEFICENCIA SOCIAL

MEMORIA presentada
para su discusión en
la Real Academia de
Jurisprudencia y Legis-
lación durante el cur-
so de 1904-1905. ❀ ❀



MADRID

IMPRESA DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.

1905

ALBERTO ALVAREZ - INSÚA ESCOBAR

15 $\frac{I}{H-3}$

9/8603

SOBRE BENEFICENCIA SOCIAL

MEMORIA presentada
para su discusión en
la Real Academia de
Jurisprudencia y Legis-
lación durante el cur-
so de 1904-1905. ☞ ☞

M A D R I D

IMPRESA DE LA SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.

1905



Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

Para el simpático y respetable

Julio

El Autor

Real Academia de Jurisprudencia y Legislación
Calle de Alcalá, 138
4.º B. Madrid

SEÑORES ACADÉMICOS:

Comienzo suplicándoos toda la benevolencia que preciso, yo, el último en esta casa ilustre, y el primero en no tener mérito alguno que invocar, en disculpa de mi atrevimiento.

Vengo á comunicaros ansias de mi mente, á canjear ideas y á esclarecer dudas que acaloran mi pensar.

Yo expondré creencias mías, opiniones propias, llenas, sin intención, de ajenas semejanzas, y vosotros me honraréis en discutir las, en señalar mis errores. Así, con vuestro talento, me prestaréis inapreciable amparo. Y yo sabré agradecerlo.

La cuestión que he de presentaros no nació de exposiciones dogmáticas, ni la encontré al acaso en divagar filosófico. Es realidad sentida, clara visión de la vida, que yo he podido conocer en todo el rigor de su verdad. Y la he conocido con sólo mirar en torno mío.

De este modo yo he visto una grande humanidad que vive. Y también he visto que el vivir es distinto y antagónico para los grupos seccionados de la humanidad inmensa. Estos grupos, de contingentes innúmeros, tienen absolutas diferencias en su tránsito vital. Desarróllanse unos, repletos de dichas y medros, con honores convencionales y dulces inacciones. Otros laboran esforzados, subiendo, trecho á trecho, merced á dudosos procederes hasta el lugar que ocupan los primeros. Y hay, por último, los vencidos, las víctimas de los afortunados de la selección.

Yo he oído las quejas de estos preteridos. Los ayes del expoliado. Sé que no tienen placeres actuales ni ilusiones posibles, sino un presente aniquilador é injusto. Los he oído llorar hambrientos de pan y de amor. Entonces, ácidas emociones conturbáronme y á mis labios subieron imprecaciones fogosas.

Dentro de lo real, al través de sus maldades, yo he buscado un medio novador de nivelación humana. He encontrado una teoría de vida que responde á mis peticiones, confusas é imprecisas. Y entregado en sus brazos de persuasión y bondad, yo soy un prosélito más de una religión grandiosa, sin altares ni liturgias, con afanoso culto por un mañana de felicidad común.

Yo sé que ésta, como toda creencia fundamental, se divide en sectas, se fracciona y descarría. Yo sé que surgen la divergencia y el cisma. Pero sé mejor que la idea madre permanece incólume ante los renuncios subjetivos; que es tal su congruencia y tal su espíritu de atracción, que en su seno hallan el calor de una existencia definitiva aquellas ideas singulares que anduvieron distanciadas, sin sospechar su postrera concordancia.

Dejando este lenguaje, yo creo, señores, que convendréis en la necesidad de una reforma social que, superando las condiciones de vida y destruyendo antinomias injustas, permita vivir á todo individuo con suficiencia de medios.

Convendréis en que esta necesidad existe; tal vez el satisfacerla en absoluto lo calificuéis de *Ideal*. En lo que seguramente discreparemos será en cuanto se refiere al proceso de su conquista.

Los procedimientos varían. No se me oculta que, aunque secuela de uno máximo, cada hombre tiene su mínimo y peculiar sistema. Yo he respetado siempre la vieja idea griega del hombre-cosmos.

Pero es el caso, señores, que en tanto se perora y se discute, se erigen filosofías y plantéanse doctrinas de positividad discutible, las víctimas de una atmósfera social que se trata de sanear en ella fenecen irrespirantes, sin que sus pretendidos salvadores les presten una ayuda que, si bien no les redima por completo, empiece á capacitarlos para la lucha.

Y es que en tanto se discursa, se pinta en lucubraciones cálidas el presente triste y se presagia el anhelado venidero, los presuntos conseguidores del mismo sucumben en el medio, anonadados por el hambre fisiológica y moral, sirviéndoles de bien poco los óptimos radicalismos de sus portafés.

Quiero decir, que los que sinceramente profesamos el nuevo Credo, debemos laborar por toda suerte de reformas, paulatinas y parciales, en consonancia con éste, sin abandonar la total y decisiva, para la que no especifico las armas ni antepongo proceso alguno de evolución ó revolución.

Y creo que mientras no se llegue al vértice deseado—acabamiento de un existir intolerable, principio de otro indefinidamente mejor—se debe correr á su encuentro, reformando y sustituyendo, preparando el terreno, venciendo circunstancias momentáneas, socavando con valor el basamento de un falso organismo social, para precipitar su ruina y acelerar su devastación.

Tal es la verdadera labor.

Subir á la tribuna, aconsejar la evolución en su erróneo sentido de marcha pacífica y tranquila, el paso de buey, tardo y acompasado, la yuxtaposición lentísima de supuestas mejoras, es falsía criminal, son viles engaños de embaucadores vovcingleros. Como también es criminal y falso arengar, desde el tablado del mitin, á las muchedumbres inconscientes para una revolución inminente y total, inundación de sangre, fabulosa hecatombe que sólo vive en las lenguas juglarescas de los que se encargan de desconceptuar la idea.

No habréis de inferir de esto que yo me refugio en un amable y discreto eclecticismo. Es que yo entiendo la evolución en su más hermoso y científico concepto. Y nadie lo ha expresado tan bella y comprensivamente como Reclús: «La evolución es el movimiento infinito de cuanto existe, la transformación incessante y total del Universo... La ciencia no establece ninguna diferencia entre las dos palabras, evolución y revolución... Son hechos de un mismo orden que sólo difieren por la amplitud de la acción... Puede decirse que son dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precede á la revolución, y ésta á nueva evolución, causa eterna de revoluciones futuras...»

*
* *

Os he de molestar, señores, inquiriendo sobre algo nebuloso é inefable. ¿Qué es la vida?... Unos piensan que es el parto de un ser ignoto y supremo. Otros dicen que son enlaces simpáticos de materia y fuerza. Pero todos convienen al notar en sus manifestaciones creadas, formas varias, estructuras inconexas. Yo la comparo á un tejido misterioso, cuyas hebras se anudan sin atender á sistemas ni enlaces, olvidando armonías y preceptos de orden.

Por eso se comprende el luchar eterno de los pobladores del mundo. Yo no he de describiros el significado, tan sabido, de la frase *struggle for life*; pero sí os digo que en el universo habitan seres superiores que se aprestan á esta lucha. Lanessan pone enfrente de ella la grande idea de la asociación para la lucha.

Estos antagonismos de la vida, no sólo se determinan de especie á especie, sino que entre los individuos de estas mismas el contraste vive y la diferencia existe, siendo ley fatal de biología que los seres desmedrados se nutran á expensas de los que alcanzan normal desarrollo, ó perezcan si éstos se niegan al sacrificio de integración externa.

Pero obsérvese que para el cumplimiento de esta ley se presentan dos caminos.

Hay uno por donde sólo cruza el selecto, el triunfador, colmado de aptitudes. Aparentando desconocer la existencia del vencido, marcha ciego en su grandeza, hollando vidas, aniquilando seres. Sin oír las quejas, las protestas y el llanto, no siente que á sus pies rastrean los pequeños, que se deslizan medrosos los insignificantes...

Hay otro camino de pendientes suaves, de sinuosidades dulces, de transiciones leves... Por él todos los seres andan. Unos desarrollando sus grandes energías vitales, otros doblando por sí mismos sus exiguas fuerzas, y los más, socorridos, *integrados*, porque son débiles é ineptos, por aquellos que han virilidades y potencias sumas.

Y por ambos senderos llegará á cumplirse tal ley de biología. En un mismo punto habrán de converger las dos solucio-

nes. Por el primer camino se obtiene la felicidad singular. Por el segundo se consigue la pluralidad de dicha.

Os encontráis ante el gran problema.

Si tuviera el mundo un principio cognoscible, un comenzar, aunque remoto é indeterminado; si fuese error la teoría convincente de la increación y verdad palmaria la inocente hipótesis de súbita generación de un Dios, que forma del no ser la vida, diría yo que desde que ésta se manifiesta en multiformes entes, uno de ellos, el hombre, ha perseguido, como su razón de ser, la obtención del goce total, la felicidad infinita.

Y surgieron desde entonces, primero confusas é inconscientes, más determinadas luego, y, por último, indubitadas y tangibles, esas dos teorías ó normas de la vida, que hoy luchan denodadas, quizás la postrimer batalla, con las furias supremas que de ambos lados prestan los progresos, las ciencias y el pensamiento libertado...

Escuchando cuanto surge del combate fragoroso, puede colegirse á quiénes tiende sus brazos la victoria. ¿Será á los que, desconociendo afinidades morales, que enaltecen al hombre en relación con los otros seres, buscan tan sólo el medrar subjetivo? ¿O será á los que, con sacrificio anterior del yo, tratan de inquirir modalidades perfectas, que se llaman unión, solidaridad y armonías sociales, para convertir á la humanidad infraterna en mundial legión, donde los nexos de amores, las corrientes simpáticas, los magnetismos de afectos, sean claves de concordia, soluciones ansiadas de estas luchas vesánicas?...

Yo espero que cada cual designe los victoriosos. De mí os digo que confío en el triunfo de estos últimos y que lucho con ellos.

*
**

Voy á exponeros, señores, el proceso de esta labor, la gradación evolutiva de una contienda de la humanidad, que varía de aspecto, de táctica y de magnitud conforme se suceden y cambian generaciones é ideas.

Permitidme, sin embargo — porque no fatigüe vuestra atención, ni pida á mi inteligencia un trabajo superior á ella, — permitidme que sobre lejanas edades deje imperando las brumas del misterio y de la fábula — menguada es mi mano para disiparlas, — que fije como punto de partida un movimiento grandioso de la humanidad, un acontecimiento decisivo y enérgico que cambió la marcha del mundo, indicando á cuantos lo poblaban las orientaciones nuevas.

Adivinaréis que me refiero al Cristianismo. Pero no esperéis de mí la apología de una religión. Yo creo que las doctrinas de Jesús son algo superior á los cánones de un culto, á los preceptos de una creencia de ultra-vida. Yo pienso que constituyen un orden de pura moral y en ellas encuentro sencillas y cándidas exornaciones que los hombres de aquellos tiempos reclamaban para su comprensión, porque vivían entenebrecidos por la ignorancia; y á la vez sugestionados por lo extraordinario y maravilloso eran crédulos y fanáticos.

Por eso estos hombres procedieron desatentados: aniquilando unos la vida de aquel novador temible y convirtiendo otros al genio en Dios.

Yo os evoco el nombre de Renán y os invito á recordar sus páginas, brillantes y documentadas, como una fuerte corroboración de cuanto digo.

Pero yo convengo en que lo perdurable, lo que no muere, es el afán que se encarna en la existencia de Jesús. Era aquel sueño del que despertó expirando. Era el amoroso deseo de la Redención...

Y para redimir al hombre y fraternizar al mundo, aquel cerebro concibió una idea que — si grande, como de él surgida, — hacía pequeña y atomística según atravesaba los estados terrenos, donde la triste realidad gobierna, y donde avasallan los egoísmos, los odios y las concupiscencias.

Fué esta idea la Caridad. Jesús intentó crear, quizás creó en algunas almas, un sentimiento nuevo. Asustado de lo hediondo de los cuerpos, enllagados por el vicio; vencido por la materia que desgarrá, elevó su pensar á esas regiones que

existen para los grandes espíritus, y retornó á los suelos predicando cosas incomprensibles á las multitudes, máximas de tanta dulzura y de tan sin igual bondad, que la ley del contraste presentábalo como un ser extrahumano, sobre el fondo, tumultuario é infame, desposado con el crimen...

Encerraba esta idea grandiosa una transformación psicológica de la humanidad, que traería como firmes, palpables corolarios, una variación absoluta en las condiciones de la vida. El apostolado hablaba de mutaciones que descubrirían nuevos é impensados horizontes, y hacía creer en tiempos de dichas y venturas, que disfrutaría el hombre redento, bondadoso y libre.

Pero la solución cristiana á las desgracias del mundo, el ejercicio de la Caridad—teniendo por juez á la conciencia y la sanción en otra vida,—apareja con su excelencia sus defectos. Porque sólo habla al espíritu; porque, en vez de mandar, suplica; porque, lejos de ser coactiva y exigente, es tímida, potestativa y débil...

Y como sólo llamó á los umbrales del alma, y predominaban—como predominan—los desalmados, escuchó pocas respuestas, y las que oyó no eran todas ingenuas y sin interés, sino, antes bien, repletas de perfidia y dolo.

Por eso la Caridad no realizó su fin. Los que aceptaron el Credo de Jesús tergiversáronlo, y la que era pauta de igualdad y de concordia entre los hombres, trocáronla en escudo de privilegios, en canon ó matrícula, donde se expresaban grados de dominio ó esclavitud.

Y por eso, repito, la Caridad no ha realizado su fin. La sangre del Gólgota no ha hecho más que remover las tierras, anunciando á los hombres el comienzo de una nueva lucha. Y principió con sus cruentas batallas, sus conmociones terribles. Y la lucha sigue encarnizada, viviendo el laborioso, ascendente proceso de la Redención.

Tengo empeño en insistir sobre este punto. Bastaría, señores, con pedir los auxilios de la Historia, retrotraer tiempos pretéritos y fijar la vista en los actuales, para presentar indubi-

*

tadas pruebas de cómo contradijeron las máximas cristianas aquellos mismos hombres é instituciones que se abrogaron la misión de sustentirlas y difundirlas.

Veríase cómo interpretaron los santos preceptos de unión y de paz universales, aportando á la tierra nuevos odios y anegando en sangre á los pueblos por divergencias litúrgicas ó por criterios de dogmas. También veríase cómo, en nombre del desprendimiento, atrajéronse todos los bienes y riquezas mundiales, y evocaríanse como una vergüenza los cismas y las cruzadas, el tormento y la hoguera. Y se nos presentarían la superstición y el fanatismo como medios empleados para justificar transgresiones.

No pierdo la ocasión, señores, de iniciar discusión sobre la enseñanza religiosa. Pelletan ha dicho que la labor consiste en ir transformando el cerebro infantil para lograr la conversión del hombre en máquina. En máquina obediente que acepte, sin protestar, el engranaje del dogma. Uno de nuestros escritores — de esta nueva generación, tan combatida — ha escrito algo sobre esto, que yo os quiero mostrar, por referirse á nosotros y ser cuestión palpitante. «En asuntos de enseñanza — dice Manuel Bueno — sigue prevaleciendo el primitivo dogma clerical, que excluye de la mentalidad de nuestro pueblo todo lo que caiga por fuera del Catecismo. El cura y el prelado, aquél desde el púlpito y éste desde su escaño en la alta Cámara, propalan que la ignorancia y la felicidad son hermanas mellizas; que el saber da indicios de orgullo; que Dios prefiere la compañía de los simples á la ofrenda de los sabios; que es vano afanarse por conocer las cosas, porque la ciencia no ha acertado á penetrarlas, y, por último, que España fué grande é invencible en tiempos en que se ignoraba todo» (1).

Y ya enmudezco sobre esto. No creo preciso trocarme en ergotista para demostrar que si la Iglesia, en sus épocas de pujanzas, no supo ni pudo realizar la obra de solidaridad social, menos podrá llevarla á cabo hoy, que se encuentra en unos si-

(1) Artículo en *El Gráfico*. Noviembre 29, 1904.

tios moribunda y despreciada, y en todos discutida. Y es el caso que ha de extinguirse sin haber realizado su verdadero fin, que es un fin plácido, apartado de lo temporal.

Aun me resta tratar de la Caridad en su carácter de sentimiento, como voluntaria determinación psicológica. Y yo repito que si se deja al hombre esa falsa libertad de su albedrío, se obtendrán como respuestas, en la mayoría de los casos, las que den el egoísmo físico, el amor al Yo, lógicamente contrarias á cuanto signifique sacrificio ó merma subjetivos.

*
* *

Afanados en bélicas conquistas, ensangrentados en polémicas dinásticas y religiosas, vivieron los pueblos de la vieja Europa, mientras surgían claramente en ellos los caracteres de Nación y Estado; estrechados por las leyes de la Economía, disciplina latente que empezaba á determinarse, en tanto nacían las organizaciones sociales clamando por medios de sustento, por métodos que regulasen la vida de la humanidad desbordada é hicieran posible que todo ser nacido llegase á su cumplido desarrollo.

Planteado así el problema y avanzando insoluble con el tiempo cuanto más reclamaba conclusiones, fueron acudiendo los hombres á las ciencias de la Moral, de la Filosofía y de la Historia, y de la Economía y de la Estadística en sus albores, presentando, en fin, dos soluciones, que no eran más que variantes de adaptación circunstancial de dos teorías antiguas, que habían vivido hasta el momento evolucionando sordamente.

Resurgieron, señores, ambas teorías, contrarias en la forma y con finalidad idéntica—ya que las dos persiguen la mayor felicidad humana,—y expusieron cada una sus argumentos.

Fijóse la cuestión á resolver en los siguientes términos:

¿Tienen derecho á la vida cuantos á ella vienen, aptos ó ineptos, con medios físicos y potencialidad moral para desarrollarse, ó exentos de las mismas, degenerados é inútiles?... ¿Tienen derecho á vivir estos que nada producen, pero que consu-

men; estos que son impotentes, abúlicos, tienen derecho á medrar á costa de los que laboran, producen y se perfeccionan?... Siendo exigua esta producción é inmensa la necesidad de consumo, ¿cómo se resolverá la diferencia?...

Y contestaron unos: «...El hombre que nace en un mundo ya habitado, si su familia no puede sustentarlo, ó si la sociedad no le necesita, *no tiene el menor derecho á reclamar nada*, está de sobra en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay sitio para él. La naturaleza le manda irse y pronto ejecuta su mandato. Cuando es la naturaleza quien se encarga de gobernar y castigar, es ridícula pretensión oponerse á su imperio. Este hombre sufrirá el castigo á que por su indigencia le condena la sociedad. Es preciso hacerle comprender que las leyes naturales lo abandonan á los sufrimientos, y que si no muere de hambre lo debe solamente al compasivo bienhechor, que socorriéndole desobedece á las leyes de la naturaleza...»

Tal dice Malthus en su *Ensayo sobre el principio de población*, y en verdad que el párrafo transcrito guarda la esencia de su doctrina, de la que no hago, por ahora, comentario alguno.

Escuchad, entre tanto, al sabio, al científico Haeckel, interpretando á su entender las teorías darwinistas: «Si quiere atribuirse al darwinismo una tendencia política, no será otra sino aristocrática. ¿No enseña la teoría de la selección que en la vida de la humanidad, como en la de las plantas y la de los animales, únicamente una pequeña minoría privilegiada consigue vivir y desarrollarse, mientras que la inmensa mayoría sucumbe más ó menos prematuramente? La cruel lucha por la existencia reina en todas partes. Sólo el escaso número de los elegidos, de los más fuertes ó de los más aptos, se encuentra condicionado para sostener con éxito esta concurrencia. *La gran mayoría de los desgraciados concurrentes debe necesariamente perecer*. La selección de los mejores va unida á la derrota del gran número de seres que han sobrevivido...» (1)

Oid además á Büchner: «... Todas estas desigualdades, estas

(1) Haeckel: *Historia de la creación natural*.

monstruosidades, es preciso atribuir las á la lucha por la existencia, no reglamentada todavía por la razón y la justicia, y particularmente mantenida por los numerosos actos de opresión política, de violencia, de expoliación, de conquistas, que llenan la historia del pasado y parecen á los ojos del espíritu oscurecido de los contemporáneos una inevitable consecuencia del movimiento social» (1).

Yo os hago notar la gradación que existe entre estos hombres que en un punto capital concuerdan. Fijaos en el clérigo Malthus, historiador y economista. Es ignorante, inmoral é indocumentado. Atribuye los males de la humanidad al exceso de población, que no se detiene más que ante obstáculos *destructivos*, como las epidemias y el hambre; y propone sustituir á tales obstáculos destructivos los *preventivos*, que consisten en la mayor circunspección para los casamientos. Haeckel es profundo, su *Historia de la creación natural* lo prueba. Yo no estoy, empero, conforme con su análisis del darwinismo. Yo veo en la teoría del inmortal Darwin una simple disección del mundo, y al lado de la determinación del origen de las especies, el principio de la evolución esbozado por Lamark, por Goethe y Diderot.

Tened presente que entre Malthus y Büchner dista mucho la semejanza de ser grande; existe, sin duda, aparentemente en lo externo de los postulados de ambos pensadores. Malthus, sabio á medias, amalgama con observaciones de la realidad atisbos y presunciones personales caprichosos é ilógicos. Encuentra á la Estadística en gestación; no sospecha la existencia de la Sociología — en sueños desde Aristóteles hasta Augusto Comte; — tiene una psicología pesimista y biliosa, y con todo esto da á luz su asendereado *Ensayo sobre el principio de población*. En su obra — siempre discutida y hoy en absoluto desconceptuada — no se reduce á presentar á la humanidad en crisis. El viejo cura señala también los remedios, á saber: si la humanidad crece exorbitantemente, haced menos humanidad;

(1) *El hombre según la ciencia*, pág. 222.

apagad vuestros anhelos de carne, hembras y machos; uníos en cópula raras veces, y siempre sed cautos: echad el grano fuera del surco.

Por si queréis combatir á Malthus, yo os pido que recordéis el evangelio *Fecundidad*, de Zola. También os recuerdo que, según Karl Marx, el célebre *Ensayo* no es más que un «plagio infantil, superficial, hipócrita y declamatorio de las obras de sir James Stewart, de Townsend, de Franklin, de Wallace, etc., y no contiene ninguna idea propia.» Y os digo, como dice Bebel, que Malthus escribía cuando las primeras máquinas privaron en Inglaterra á miles de manos de trabajo. Era, pues, la codicia del capital, que no la mezquindad de la naturaleza, la causa de los trastornos. Y Bebel asegura «que los países más fecundos y fértiles del planeta se hallan hoy completamente incultos ó poco menos, porque su roturación no puede emprenderse con algunos centenares ó millares de brazos, sino que exigen masas colonizadoras de millones de hombres para poder dominar (sólo hasta cierto punto) una naturaleza exuberante» (1). Enrique Carey, el gran proteccionista americano, afirma que el valle del Orinoco sólo, con sus 360 millas de longitud, podría rendir medios de subsistencia para toda la humanidad actual. Escuchad, por último, al sabio, al profundo, al documentado Henry George, que da en su vulgarizada obra *Progreso y Miseria* (2) el golpe de gracia al malthusianismo. «No hay necesidad de raciocinios abstractos — dice; — la cuestión es de simples hechos. ¿Decrece el poder relativo de producir riqueza con el aumento de la población?

La realidad — contesta — es tan patente, que sólo es necesario llamar la atención sobre ella. Hemos visto en los tiempos modernos aumentar la población en muchos países. ¿No ha crecido al mismo tiempo su riqueza hasta con mayor rapidez? Vemos muchos países que aumentan todavía en población. ¿No

(1) *La Mujer ante el Socialismo. Biblioteca de la Mujer* (pág. 294).

(2) Pág. 116 de la versión castellana, impresa por Jepus: Barcelona, 1893.

crece también su riqueza más aprisa todavía?» Y responde con datos probatorios, obtenidos en Inglaterra y la América del Norte, infiriendo de una manera terminante—la Estadística hace fe—que los países más poblados son siempre los más ricos.

Prosiguiendo mi parangón, vuelvo á hablaros de Büchner. Büchner, autor del conocido libro *Fuerza y Materia*, es, á mi entender, no como se ha dicho, el declamador, el fraseólogo del positivismo, sino un hombre erudito que, como buen increyente, *no quiere más que hechos*. Induce de la observación de los mismos el triste estado de la humanidad. Muestra los miembros descarnados y palpitantes de la sociedad. Enseña sus cánceres, inquiriendo los motivos. Pero Büchner no señala terapéutica. No ve más que conjunciones de materia y fuerza, fatalismos, y repite siempre, como para sincerarse, la frase escueta de Dickens: *Dadme hechos, nada más que hechos...*

Se habrá comprendido que la gradación de Malthus, Haeckel y Büchner no es cronológica, sino ideológica. A pesar de haber escrito después de Büchner, Haeckel es más diferentista que éste, pues recibió, aunque más lejana, toda la opresión del darwinismo, mal entendido desde luego. Véase cómo puede concebirse la vida sin tener por base la idea de la lucha. Dice Mr. Hobhouse en su libro *Democracy and Reaction*, muy recientemente publicado, lo siguiente:

« Una concepción exacta de la evolución no soporta la idea de que la lucha por la existencia es la condición del progreso. Por esta razón no puede servir de apoyo al predominio del culto de la fuerza. Al contrario, procura una amplia justificación á la concepción ética del progreso, que consiste esencialmente en la evolución del espíritu, es decir, en la revelación de un orden de ideas, según el cual la vida es estimulada y dirigida. Ha sido una desdicha para nuestro tiempo que la atención se haya separado de este orden ético... espiritual, sobre el cual se asienta lo esencial del progreso, inclinándose hacia las condiciones que afectan al hombre sólo como animal humano.

»Una concepción más clara de la evolución restituirá al espíritu su puesto propio y justificará la labor de los reformadores que insisten en la aplicación de los principios éticos á los asuntos políticos, frente á los materialistas.»

*
* *

Veréis ahora, señores, cómo á la cuestión planteada se dió una solución bien distinta á la anterior, por otra teoría ó sistema social que vivió y vive enfrente de esta que acabo de mostraros, de esta que resuelve los contrastes de la vida rindiéndose á los mismos, sin procurar que los hechos entren por nuevas vías, en las que adquirieran más justas manifestaciones.

Y yo os repito que esta tendencia de que hablo surgió del propio parto que su antagónica. Porque ambas son hijas del constante humano anhelo de adquirir felicidad.

Pero así como una entendió que imperando sobre los mundos la materia ciega, en desarrollo y en degradaciones continuados y fatales, las pocas dichas, las escasas venturas, las mínimas bondades del existir, debían pertenecer á cierto reducido número de privilegiados, á los que no puede indagarse el título, sino acatarlo; la otra teoría, de conexiones humanas, ha pensado y piensa que las fortunas y plenitudes de la vida habrán de repartirse entre todos, porque no se dé nunca el caso, contrario á moral, de que unos seres mueran pletóricos, en tanto otros fenecen de inanición.

Mas la idea, conservando su medula, ha vivido muchas edades y sufrido, en consecuencia, transformaciones naturales, necesarias, es decir, hase desarrollado obedeciendo las leyes de la evolución. Y no olvidéis que estas leyes no son rígidas y consecuentes. Unas veces se determinan con toda energía y otras desequilibradas ó calmas.

Como una prueba de esto, pensad en el tiempo que media entre el autor de la *República* y Jesús (vosotros conocéis los puntos de contacto del platonismo con el cristianismo), en el transcurrido desde éste hasta Fourier y Hegel, que sobre fórmulas ideológicas levantan la sociedad nueva. Considerad tam-

bién los pasos dados desde Saint Simon hasta Proudhon y desde Proudhon á Karl Marx. Y luego recordad más nombres: Tolstoï, Ibsen, Heine, Zola, Taine, nuestros Galdós, Unamuno y Blasco Ibáñez, y veréis toda la progresión de la idea, su vario aspecto, sus palpitaciones múltiples.

Por si os extraña esta rara asociación, debéis rememorar lo que significa la tetralogía de Ibsen, donde yo veo una labor de integración humana. Como en la poética de Heine, evocadora é irónica. No importa que Heine (á quien alguien llamó hermano de Goethe y de Lord Byron) proclamase en cierto tiempo haber *devenido* Dios; en el seno de aquel Dios hegeliano anidaba el amor. No he de hablaros de la literatura evangélica de Tolstoï y de Zola, de los trabajos de Taine ni de la obra literaria y social que entre nosotros realizan Galdós, Blasco Ibáñez y Unamuno; bien observáis que la idea—de un *algo* mejor colectivo—lo mismo da vida á las arideces filosóficas, á los postulados sociológicos, que al discurrir de la crítica y á los destellos del arte.

Abandonando esta digresión—por la que os pido indulgencia—para llegar, cuanto antes, al fin que me propongo, véome precisado á repetir conceptos anteriores.

Vuelvo á preguntaros: ¿cuál de ambas teorías—que intenté exponer en su generación y en su proceso de adaptación al medio,—cuál de ambas teorías resolverá mejor, aplacará más los contrastes de la vida?

Considerando que aun dentro de lo que es actualmente utopía—realidad de un mañana,—ó sea, dentro de la humanidad integrada en raza única y superior existirán inválidos, ¿cuál de ambas teorías prestará los medios que hagan posible la continuación de estos seres en la vida, que será entonces la labor, el descanso y el medrar comunes?

¿Ha de ser—las daré ya sus nombres patronímicos—la de *diferenciación*, individualista, ó la de *integración* social, la socialista? Cándida redundancia sería el contestaros.

Pero como yo me refiero á la época en que vivo y propongo para sus desgracias mis remedios—como átomo del núcleo en-

fermo, — antes de aprontarlos tengo que deciros varias cosas, que de callar impediríanme seguir adelante.

Es una, señores, mi convencimiento absoluto acerca del período de vida social que atravesamos. Es un período de dudas y contradicciones creadas por el accionar formidable que significa el paso de la diferenciación á la integración social. Nos hallamos precisamente en el vértice de este cambio de vida. Tal es la hipótesis confortadora de un sociólogo norteamericano, Mr. Ward, que cree en la posibilidad remota de la integración humana en raza una y superior, de que antes os he hablado.

Es otra de las cosas que he de expresaros, mi convencimiento, también absoluto, de que sólo una ciencia — de plenitud reciente y ya madre de todas, — la Sociología, es la que puede guiar á los cerebros entenebrecidos y dudosos — y así están cuantos discurren — por los laberínticos senderos de la existencia de los hombres y de las sociedades.

Y se trata, señores, de la Sociología cuando ya ha perdido su primitivo carácter de físico-sociología; se trata de la psicociología, de la ciencia novísima y fecunda que infiere del estudio del hombre en sí, y como parte de un todo, conclusiones de integración, es decir, que socializa, une y fusiona; mientras la sociología vieja — que aún impera y que muchos estudian tardíamente — obtiéndelas de diferencias y contrastes, ó sean individualistas.

Por extremar la comparación entre el individuo y la sociedad, al dar á ésta su verdadero carácter de organismo, se ha podido llegar á tales conclusiones.

Hay, pues, que dar cabida al factor psicológico y reconocer con el sabio alemán Gierke «una unidad corporal-espiritual en las sociedades humanas», y estimar con nuestro profundo Giner que éstas son organismos *psico-físicos* (1), aunque el lazo social interno sea, esencialmente, un puro lazo *psíquico*, si bien con base *psico-física*.

(1) Giner: *Filosofía y Sociología*, pág. 15.

Dejándome yo guiar, secretamente, por tal ciencia podré, hablaros de Beneficencia social, determinando, con claridad, sus aspectos, momentáneo ó de transición, y el futuro, de no tanta importancia práctica.

Me diréis que he tardado mucho en llegar al motivo de mi trabajo, que vengo con retraso á justificar su título, que debí —empleemos la frase hecha— entrar de lleno en su estudio desde un principio.

No lo creo yo así— discutid desde luego mi opinión. —Páreceme todo lo dicho antecedente preciso para tratar de esta honda cuestión, de este problema que, planteado por una organización social, lleva dentro de su resolución definitiva la exigencia de enérgicas mudanzas.

Ved cómo la Beneficencia es un efecto. ¿Qué importa que haya hablado asaz largamente de su causa? ¿Cómo podría mostraros el carácter de necesidad, la extensión de esta función social, si no hubiese indagado antes los motivos de su ejercicio? Además, ¿cómo no haberos presentado las dos teorías opuestas si al llegar al punto parcial de que se trata discuten consecuentes, dándole una sentido privado y potestativo, y la otra corporativo, social?

De no haber procedido así, veríame imposibilitado para determinar á cuál de ambos extremos se inclina la beneficencia contemporánea, hasta dónde debe llegar en su labor de transición, y de ir deduciendo lo que constituye el ideal en la materia: la no existencia de la Beneficencia por crearse más justas conexiones en la vida de las sociedades.

Pero tened en cuenta que en cualquier grado de la evolución de éstas, por supremo, por superior que sea, habrá seres inválidos que consumirán, no obstante. Y entonces, cuando el hombre trabaje para el núcleo y vivan todos, potentes é impotentes, habrá perdido la Beneficencia su carácter actual de sacrificio para constituir una de las fases de la justicia. En el curso de mis páginas veréis ampliado este concepto, y ahora entro, decididamente, en el asunto.

*
**

Hay una vieja distinción científica que ha de hacerse siempre que de Beneficencia se trate. Me refiero á la diferenciación entre el altruísmo y el egoísmo y á la diversificación específica del altruísmo.

En relación á lo primero es muy breve cuanto hay que decir. La diferenciación destácase al primer análisis, observando que el altruísmo y el egoísmo constituyen dos sentimientos activos y contrarios. Insistir en su descripción sería ofenderos: es un estudio de psicología rudimentaria.

No puedo decir lo mismo de la diversificación del altruísmo. Spencer ha dedicado el capítulo primero de su obra *La Beneficencia* (1) á tratar de las especies de altruísmo. «Los actos altruístas—dice,—como distintos de los egoístas, son todos aquellos que conducen al bienestar del prójimo, ó negativamente, por restringirnos de algo, ó positivamente, por esfuerzos hechos en su beneficio; incluyen, pues, justicia y beneficencia. La primera de estas grandes divisiones del altruísmo implica un reconocimiento simpático de los derechos de los demás á la libre actividad y á sus productos, mientras que la otra gran división implica un reconocimiento simpático de los derechos de los demás á recibir ayuda en la obtención de aquellos productos y en su más eficaz uso para la vida.»

La distinción spenceriana de altruísmo negativo y positivo y de justicia y beneficencia tiene conclusiones en las que yo no acuerdo. Pero antes de oponerme, dando mis razones, á ella, voy á transcribir un párrafo de uno de nuestros escritores, á quien ya he citado, en el que observo sobre las especies de altruísmo una distinción sociológica contemporánea de oportunidad para mi trabajo y muy apropiada para la discusión (2):

«En una obra de Octavio Mirbeau —dice—se hacen atinadas distinciones entre el altruísmo pasivo de los católicos, que, cuando más, se resuelve en la limosna, y el altruísmo activo del que monta una fábrica y suministra labor y medios de sub-

(1) Spencer. *La Beneficencia*. Trad. de *La España Moderna*.

(2) Manuel Bueno. Artículo en *El Gráfico*, 13 Diciembre 1904.

sistencia á los pobres. Claro es que el fabricante no arriesga su dinero sin el fin egoísta de doblarlo y acrecerlo; pero no es menos cierto que de su egoísmo se deriva un bien general. El altruísmo cristiano podrá ser muy loable; pero la realidad nos enseña que en las naciones en que más extendido está, es la miseria más honda.»

Yo sigo admirado —y os lo digo porque viene á cuento — la hermosa labor de Mirbeau, y encuentro en sus obras, al lado de su prosa naturalista y vibrante, el afán de esclarecer á los desgraciados, las arduas cuestiones sociales, esos problemas tan llevados y traídos, que siempre se resuelven en contra de los pequeños.

Tornando á la opinión de Spencer. El filósofo piensa que «las dos grandes divisiones del altruísmo, justicia y beneficencia, deben ser distinguidas como necesaria, la una, para el equilibrio social, y, por lo tanto, de incumbencia pública, y la otra, como innecesaria para el tal equilibrio y de incumbencia privada, por consiguiente.» Entiende, pues, que debe ser privado el ejercicio de la Beneficencia, y su argumento es este: «Una beneficencia ejercida por una Sociedad, en cuanto Corporación, ha de consistir en quitar á algunas personas parte del producto de sus actividades para darlo á otras cuya actividad no les procura lo suficiente. Si hace esto por la fuerza, se entromete en la relación normal entre la conducta y sus consecuencias, lo mismo para con aquellos á quienes quita parte de su propiedad, como para con aquellos á quienes la propiedad es dada. La justicia, tal como la defino, se infringe.»

No podrán llegar jamás á un acuerdo los que, como yo, confunden, fusionándolas totalmente, las ideas de justicia y beneficencia, considerando á esta última como una derivación de la primera, y los que, siguiendo á Spencer, las diferencian y especifican.

En el mismo argumento en que se apoya el gran pensador inglés para proclamar la beneficencia privada, encuentro yo la base de la social. El argumento es la justicia. Creo que se infringe ésta dando carácter privado á la beneficencia, ó sea

todo lo contrario á la opinión de Spencer. Dice éste que al convertirla en función corporativa y obligatoria se falta á la justicia inapropiando á unos para dar á otros. Ved, señores, cómo en el presente caso resultan una misma cosa la propiedad y la justicia; contrariar á la una es faltar á la otra. Y decidme si no es fácil comprender que esto no es así. Recordad el génesis de la propiedad y convendréis conmigo en hallarlo unido á lo amoral. No podréis pensar que la justicia abstracta se adquiriera por el transcurso del tiempo.

También la distinción que hace el filósofo de las actividades subjetivas es, á mi juicio, errónea. Yo os pregunto: ¿la propiedad de uno es hija, exclusivamente, de su actividad? No. Yo creo que á la adquisición de la misma concurren muchas actividades, siendo en su disfrute donde éstas se unifican y singularizan. Y es aquí donde yo encuentro la injusticia.

La obra de Spencer sobre beneficencia es de bastante extensión y vosotros conocéis sus conclusiones. Su argumentación fría — que ya criticaba Carlyle — parece convencer, pues está llena de esa lógica, consecuente y rígida, peculiar del autor, que ha obtenido los grandes triunfos teóricos.

La vida contemporánea de los pueblos nos indica la necesidad absoluta de socializar la beneficencia. No puede dudarse. La sociedad, erigida sobre la base del trabajo, llegará paulatinamente á sustituirla con el derecho. Y la labor consiste en despojarla de ese carácter de concesión, de caridad, de ese carácter de desprendimiento y sacrificio que se han empeñado en darle los detentadores para disculparse á los ojos de los hambrientos.

Estudiando, pues, la beneficencia en este sentido de transición — fase de la evolución, — hay que considerarla como una institución relativamente niveladora que procura evitar el hecho de que una vida se extinga por faltarle parte de lo que á otra sobra. Yo os invito á reflexionar sobre esto — que tanto se ha dicho — y á que, enalteciendo vuestro pensar, me digáis si son necesarios para la vida contrastes tan enérgicos, diferencias tan rudas... Yo creo posible concebir una vida, si

no igual, absolutamente igual para todos, al menos, más templada, más semejante. De todas las especies vivientes sólo en la humana noto tantos rangos y categorías. Pienso que á hombres de una misma raza, de un propio pueblo, de un mismo hogar, separan pequeñas razones económicas y de abolen-gos. Y estas pequeñas razones son las que fraguan los grandes crímenes y los grandes dramas.

*
* *

Volviendo al asunto. La beneficencia social condena que la vida de muchos hombres tenga como sustentáculo único la liberalidad caprichosa, inconsciente ó nula del individuo. Comprende la necesidad de erigirse en un organismo fuerte para compeler á la realización de su fin.

La beneficencia privada nace y muere en el hogar. Si á veces sale á la vida pública, es, como acabo de expresar, de un modo caprichoso, exento de la firmeza y permanencia precisas.

Y es la práctica quien se encarga de justificar mi aserto. Cada día se crean más instituciones de beneficencia particular. Cada día surgen más filántropos que *diezman* sus fortunas por hacer obras pías y realizar caritativas empresas. Se levantan edificios para hospitales, para consultorios y para clínicas... Pero la miseria va aumentando y el hambre adueñándose de los pueblos. Estas instituciones privadas no consuman su honesto fin. ¿Por qué? Porque no tienen conexión con la necesidad que intentan satisfacer; porque no tienen más puertas que las estrechas del estatuto y del reglamento; porque la existencia de ellas mismas es la aparente justificación de los grandes capitales, de las inmensas fortunas vinculadas. Además, estas fundaciones, de un altruísmo discutible, á quienes menos favorecen es á los necesitados. Generalmente se asocian á las gentes eclesiásticas, y yo no se cómo realizan éstas su cometido de caridad, que saben medrar sobre la tristeza y la escasez de los desvalidos. Hay, sobre todo en las grandes poblaciones, muchos asilos y refugios de ésta índole. Y es en ellas mayor que en otras partes la indigencia y la mortalidad. Cada uno

de estos hombres acaudalados crean *a priori* los desgraciados que han de poblar sus benéficas casas...

Yo no os niego que éstas suelen realizar buenas obras; pero insisto en mis argumentos filosóficos y positivos. Constituyen la limosna en grande escala, y la limosna es casi siempre un sarcasmo y muchas veces una iniquidad.

Pero yo no quiero insistir en esto. Sobrado supondréis hasta dónde llegaría si dejase subir á mis labios las voces de mi alma protestante y rebelde.

Ahora podréis preguntarme: ¿Y nuestro Estado? ¿Y la beneficencia, que sostienen el Estado, la Provincia, el Municipio, no es bastante? ¿No es esto beneficencia?

Es, sin duda, la que se estudia en los tratados de Derecho administrativo, perfectamente clasificada y regida por un sinnúmero de leyes, decretos y reglamentos. Conforme á éstos, la beneficencia se reparte entre las tres sociedades generales y complementadas del Estado, la Provincia y el Municipio. Cada una subviene á las necesidades de hospitales, asilos, casas de maternidad, de socorro, manicomios, etc.

Este régimen, implantado por modo parecido en todas las naciones, es una mescolanza indefinible. No constituye beneficencia privada, puesto que á la solvencia de sus gastos concurre el presupuesto general. Carece del carácter corporativo, en primer lugar por su cortísima extensión, que no permite ni á una vigésima parte de población necesitada recibir sus auxilios, y en segundo, por las grandes y absolutas diferencias establecidas entre las varias beneficencias, hasta el punto de que cada afligido ha de reunir, sobre su pobreza, una serie de requisitos para lograr el socorro.

Como se ve, la extensión actual de la función benéfica no puede ser más menguada. Basta tender la vista á la existencia cotidiana para notar sus deficiencias. Algo se remedia, pero es muy poco. Aun dentro del presente estado de cosas, podrían decuplarse los auxilios de beneficencia, sin temor al exceso.

El aspecto que alcanza más desarrollo es el sanitario, lo cual no quiere decir que lo tenga cumplido. Obsérvase en la

sociedad del día un movimiento psicológico revelador de todos sus egoísmos. Consiste en no darse cuenta del convivente infortunado hasta que recibe el ataque de la enfermedad. Entonces esta sociedad, que tan poco ha hecho por conservar una vida, presta un apoyo exiguo, una ayuda mezquina, que llega tarde generalmente.

Por esto, señores, la beneficencia sanitaria debe ser, antes que nada, preventiva, enlazándose en tal sentido con la función social de Higiene, casi sin iniciar entre nosotros.

La viruela, la sífilis, las enfermedades tuberculosas y tíficas, y en general todas las mortales, requieren, para su evitación, no sólo la instauración de grandes centros terapéuticos, sino medios anteriores de previsión exquisita. Para lo último son precisos cuantiosos recursos pecuniarios. Las clases acomodadas pueden higienizarse por sí mismas. Para las proletarias esto tiene que constituirse en función benéfica. Es ilusorio pensar que con sus cortos salarios puedan las familias obreras tener toda la previsoría limpieza, todos los cuidados antisépticos que se reclaman para contrariar los influjos patógenos de las enfermedades hereditarias y de las endémicas y epidémicas.

Todos estos fines, completamente posibles de operarse una leve transformación social en pos de la justicia, son en absoluto irrealizables dentro de la actual organización de los servicios benéfico-sanitarios.

Para que veais cómo realizan éstos las pequeñas obligaciones impuestas, voy á contaros algo de lo que ocurre por nuestros establecimientos benéficos. Un ejemplo bastará. Es una muestra elocuente y breve que os hará conocer, por una ley de semejanza, el total estado de la beneficencia nacional.

Quien habla es Antonio Zozaya, un escritor que labora en favor de los desgraciados. Yo—que gusto de mostraros los latidos del pueblo—he recortado de una *Crónica* suya, sugerida por la fuga de cuarenta chicuelos enfermos de contagio, de un Hospital, los párrafos que siguen (1):

(1) *Crónica. Charitas bonitas. El Liberal, Sep. 1904.*

«En el Hospital eran maltratados por las Hermanas de San Vicente; aquella noche, un niño había sufrido verdaderas torturas. Uno de los mayores protestó y fué puesto en la calle; entonces todos los niños salieron con él. Por eso estaban en el arroyo medio desnudos, hambrientos y muertos de frío al comenzar la madrugada.»

.....
«Los niños no huyen de donde se les trata con dulzura y amor. Y ni su aspecto ni su indumentaria revelaban esmero en sus guardianes. ¿Tanto cuesta una blusa de lienzo? ¿Es el jabón tan caro? ¿No hay medio de evitar que los asilados lleven en la cara arañazos y cardenales? El aspecto de los infelices era tristísimo. Eso no lo puede desmentir comunicado alguno. Además, en lo que se refiere á Hospitales y Asilos, todos estamos en el secreto: van de mal en peor. Sólo parecen buenos á los que suponen que jamás los visitarán.»

«Hay mucha caridad en Madrid. Se tira el dinero para salvar el alma. Y ese dinero, que bastaría á asegurar el bienestar de 10.000 familias, sirve para sostener á muchos millares de empleados probos, funcionarios dignísimos y religiosas angelicales. Todos viven menos los asilados y enfermos que agonizan, separados de sus familias, faltos de aire, de luz, de agua, de alimentos, de afectos puros. Así, derrochándose capitales enormes en el sostenimiento de esas cárceles santas, los desvalidos nos acosan por todas partes y huyen de los Asilos como de una infecta y oscura cloaca.

«Y es que las gentes no se enteran de que lo que sobra es la caridad y de que lo que necesita es justicia. El anciano, el niño, el enfermo nada tienen que agradecer á los limosneros *mortis causa*, ni á las beatas angelicales, ni á los empleados dignísimos. Todos trabajan con su cuenta y razón. Por salvar el alma y de paso comer y vestir como todos los simples mortales. No es por caridad por lo que se atiende á los desvalidos; es por deber, porque la sociedad viene obligada á atenderlos. ¡No faltaba más sino que, después de saquear al contribuyente y al consumidor, el Estado dejara en la calle á todos los enfermos (á

algunos ya los deja), y sin albergue á los niños sin padres, y sin abrigo á los ancianos sin pan!

»Sobre todo establecimiento benéfico se puede grabar la misma inscripción de D. Juan de Robres. Y aun pudiera agregarse esta otra: «Aquí se concede á medias y como merced lo que debiera prodigarse por las leyes de justicia.» He dicho, y no me cansaré de repetir, que la doctrina de la caridad es la ética de quienes no aciertan á elevarse hasta la de la justicia inflexible. Los pobres no necesitan caridad. Quieren que se les ponga en condiciones normales de lucha, que no se les encarezca el pan y que nadie viva á su costa.

»Los Asilos son una verdadera calamidad pública. Los pobres van á ellos á rastras, convencidos de que más les vale dormir al relente y comer mendrugos de pan recogido en el arroyo. ¿Quién echará la cuenta de lo que cuesta sostenerlos? ¿Quién nos dará la lista de las personas que viven á su sombra y de lo que consumen? Es más que probable que con todo lo que en ellos se invierte no quedara en Madrid un solo pobre, dedicando el dinero á abaratar los artículos de primera necesidad ó á fundar cajas de previsión»...

*
* *

Yo dejo los comentarios á vuestro cargo, y paso á suponer planteados varios argumentos contrarios á mi tesis, para combatirlos brevemente.

Hay uno, sobre todos, candoroso y pueril. Me refiero al que dice que una gran extensión en materia de beneficencia traería como secuela la vagancia, el desamor al trabajo. Entonces—exclámase—nadie querría trabajar, no habría empeños por obtener los medios de subsistencia, puesto que bastaría permanecer en la inacción para tenerla asegurada. El de pobre sería el mejor de los oficios...

A los que tal argumento me dirijan yo no responderé sino inquiriendo:

¿Hay en las sociedades actuales trabajo para todo el que lo pide? ¿En la distribución del mismo se respetan las aptitudes

individuales? ¿Son la vagancia y el parasitismo determinaciones subjetivas, ó son, por lo contrario, resultantes objetivos? En términos más llanos: El inactivo y el vago ¿se hacen á sí mismos ó son hechos por la sociedad?...

Si me contestáis sinceramente á estas preguntas, rebatiréis brillantemente la argumentación indicada.

Y os recordaré á este propósito unas líneas publicadas há poco en uno de nuestros diarios más importantes. Dicen:

« Desventurado país aquel en que, en pueblos de diversas regiones afectas á industrias y labores distintas, y en la capital misma, se reúnen millares de ciudadanos, quejándose de que no tienen que comer. No son mendigos los que hablan: son hombres fuertes, ansiosos de trabajar. No son siquiera obreros sin ocupación. Muchos de ellos son jornaleros que á diario perciben sus salarios. Pero es que ese salario no basta á cubrir las más sucintas necesidades de la familia, con lo que el trabajo no se acomoda ya á la sentencia del Eterno: « Ganarás el pan con el sudor de tu rostro. » Esta sentencia se agrava con la nueva fórmula de la vida española: « Trabajarás hasta reventarte, sudarás hasta el aniquilamiento y no ganarás el pan de cada día » (1).

Voy á examinar otra argumentación, á la que concedo mayor peso y seriedad.

Aceptada en hipótesis —dícese— una función social tan amplia de beneficencia, ¿dónde se hallaría el numerario para sostenerla?

Se comprende que es absolutamente incompatible este hallazgo con el estado presente de la Hacienda de las naciones, en unas más que en otras, pero en todas agobiada y enferma por obra del capitalismo, de los monopolios y de una serie de concausas sociales contemporáneas é históricas.

Tal como yo la he estudiado, habréis observado en la beneficencia dos aspectos primordiales en cuanto á su obtención: uno, ideal, de consecución lejana; otro, posible, con posibili-

(1) *La voz del hambre. El Imparcial*, 27 Marzo 1905.

dad actual. Para el primero es necesario que se opere en las sociedades una transmutación grandiosa. Para el segundo son precisas multitud de reformas. Pero se trata de reformas que yo estimo perfectamente realizables, *verbi gratia*, la supresión de cierta clase de impuestos, sustituidos por otros, módicos, progresivos y directos; la separación de la Iglesia del Estado, y la evitación por este modo de un capítulo del presupuesto; la reducción en algunos sentidos del Estado oficial, como disminuir, refundiendo, Ministerios, é implantar el sistema unicameral, probada, refiriéndome á España, la admirable inutilidad del Senado. Y, hablando de reformas y progresos, prestar decidido apoyo á la agricultura, á las cooperativas, á las asociaciones de capital y trabajo, etc...

Estas sustituciones, estos cambios é innovaciones, muchos de vosotros los tildaréis de utopias. Y yo os digo que están dentro de lo posible y de lo real. Que una nación enérgica, llena de fe, puede realizarlas de un golpe, quizá derramando alguna sangre y siempre destruyendo los últimos alcázares de la tradición. Pero un pueblo anémico, consumido de abulia, un pueblo como el nuestro, puede, si es que convalece y revive, operarlas poco á poco. Y de esta manera ir engrandeciendo paulatinamente esa labor benéfica de transición, hasta lograr que se confunda con otra labor integral de justicia, que constituye el norte de las grandes evoluciones sociales.

Otro argumento contrario. El último de que voy á tratar, y que puede derivarse de cuanto precede. Es un argumento medroso, el miedo á la revolución—en su falso y terrorífico sentido.—Se me dirá: aun para conseguir alguna de las que llamáis posibles reformas, serán fatalmente precisos trastornos y desequilibrios. ¿Por qué empeñarnos en luchas?

Yo contesto que no puedo prever procedimientos. Sé que para obtener mezquindades—la conquista de un santuario, la proclamación de un dogma ó la exaltación de un tirano—los pueblos sangraron—y sangran—copiosamente. Y sé que se han logrado hermosos ideales á pequeña costa y en medio de la paz. No obstante, yo pienso que parece mentira que aun haya

de repetirse la gran verdad que proclama cuánto más vale, en consecuencias, una revolución fecunda y despertadora que un quietismo sordamente destructor.

Concretándome á España. Reina en nosotros—á partir de la rota colonial—la paz, en el sentido de vivir pasivos é inertes, y señaladme—yo os reto—los frutos de esta paz, las grandes conquistas de esta tranquilidad...

En lo hondo, en el alma de nuestra sociedad, viven las pequeñas luchas. Son los hombres inadvertidos—ya lo habéis oído,—los hijos del pueblo, que se mueren de hambre. Esta es la frase, cruda y terrible. Después de oirla, cabe á muchos asustarse de pensar en cambios precisos, en mutaciones fatales... No hacen falta guerras exteriores. ¿Para qué?... La prostración forzosa, que se traduce en el no comer, y las tristes desgracias de la miseria, hannos sustituido, con cruento aventajar, á las catapultas de antaño y á los cañones de hoy.

No dudo que alguno de vosotros encuentre exageraciones en lo que digo. Yo aguardo ansioso á que me discutáis. Quiero que alguien se levante para convencerme. Espero oir de labios elocuentes que vivimos en el mejor de los mundos, que no hay miseria, que el pueblo está ahito, que faltan brazos para el trabajo. Espero escuchar cómo respiramos el ambiente del progreso y las brisas de la verdadera libertad; cómo hemos emancipado las conciencias y asegurado los estómagos.

Todo esto, y mucho más, espero oir de algunos que han encontrado un vivir agradable y colmado. Y yo, en son de respuesta, he de pedirles pruebas, pruebas de que el pueblo español no se muere de hambre...

*
* *

Voy á concluir, señores.

En todo lo precedente es seguro que hayáis observado algo de incongruencia y de desorden. Habréis notado la falta de un plan, y quizás os hayáis extrañado. Las ideas de la sinopsis, de la categoría y del método se nos han impuesto como necesarias y constantes. Yo—que aun no he salido de la cátedra—

renunció á ellas con frecuencia. Y he renunciado ahora porque quise hablaros con toda ingenuidad.

Empero, yo os debo el mayor de los respetos. No es justo que os haga seguir los rumbos de mi imaginación desenfadada. He de presentaros mis conclusiones. Un pequeño y, si es posible, ordenado resumen de lo expuesto.

Luego de daros á conocer, al través de mi criterio, el triste estado de las sociedades presentes, os he comunicado cómo pienso en la precisión absoluta de un cambio. Después he proclamado su comenzar inminente, sin fanatismos é intransigencias en la elección de los medios. Y he dicho que mientras se discute y persigue el ideal, perecen gran número de aquellos en cuyo favor se libran los combates. Entonces he mostrado la paulatina, gradual y enérgica socialización de la beneficencia como uno de los modos más posibles y fecundos de esta labor de transición que se opera—como tanto he repetido—en la vida actual de las sociedades. He procurado insistir en este carácter de medio que asigno á la beneficencia, y he sentado cómo irá ésta desapareciendo conforme avance—aunque lo creáis paradójico—por llegar en su término á confundirse con la justicia.

Tal es la concreción de cuanto he dicho, pero quiero aclararos este hermoso concepto de la desaparición de la beneficencia.

Constituída la nueva sociedad sobre la base del trabajo, todos sus miembros obtendrán por él su derecho á plenitud de vida. El laborar de todo individuo, durante el período apto de su existencia, tendrá una *utilidad anterior*, ó sea la prestación por la sociedad de medios de manutención y educativos durante la infancia; una *utilidad actual* que no hace falta describir; otra *utilidad posterior* que asegure la ancianidad, y, por último, una *utilidad externa ó social* que se aplicará al sustenro de los ineptos, considerados entonces con pleno y absoluto derecho á la existencia.

¿Cómo llegaremos á esta solución desiderable y altruísta? ¡Ah! Nosotros no llegaremos, podremos aproximarnos más ó

menos á ella. Ha de ser obra de generaciones incontables; pero emprendida, será más fácil, más suave, mientras más activa. Cada uno de sus grados superiores será infinitamente mejor que el anterior. Es la cuestión dar uno de estos pasos, y yo —gran descontento—sería feliz si mi generación diese uno; esta generación, de que yo formo parte, que es sólo nueva por razón de tiempo. En su espíritu observo temblores de anciano. La confianza en sí misma—esta confortadora determinación psicológica que nos indica el apóstol del optimismo—(Emerson) (1) no se manifiesta en nuestra juventud. Tiene un absurdo respeto á lo viejo, un culto necio á lo consagrado. Entiende el optimismo en su equivocado concepto: piensa que el presente es bueno ó tolerable. El optimismo consiste en creer en la realidad de las grandes conquistas, en la destrucción de las grandes infamias, por obra de nosotros mismos. Por eso yo, que no encuentro frases bastante crudas y plañideras para hablar del presente, hallo las más sentidas y las más sinceras para suponer cómo serán las épocas nuevas de humana concordia.

Y ahora—que voy á enmudecer ante vosotros—siento latir á mi alma esperanzada. Pienso en una excepción hermosa constituída por espíritus jóvenes, que, llenos de videncia, levantan sus párpados ensoñadores hacia una visión adorable del mañana. Son jóvenes que todo lo esperan de sí—creyentes en Carlyle, en Emerson y en Costa, los buenos filósofos,—que preparan sus almas para las nuevas luchas, unas luchas plácidas, con dulces vehemencias de amor... Y siento una emoción inefable cuando os contemplo, y me ocurre pensar que entre vosotros hay muchos de estos espíritus jóvenes que se aprestan á las nuevas luchas, que á mí se me antojan plácidas, tranquilas, con vehemencias de amor...

He dicho.

(1) Recordad unos y leed otros el primero de los *Siete ensayos* de Emerson: *Confianza en si mismo*.

